INDICE DE EXPOSICIONES

Pintores andaluces del XIX

Una deliciosa exposición es la titulada «Pintores andaluces del XIX», es un certamen que constituye una isla en este trágico debatir de la pintura, en este hondo sentir del arte, donde la desgarradura, donde el estropicio, si así queremos llamarlo, tienen su mejor expresión, lo cual no quiere decir, ni muchos menos, que no sean arte, expresión estética como otra cualquiera.

En este certamen, que se celebra en Urbis, sólo falla el catálogo, hecho de forma y manera que es difícil encontrar los cuadros y sus autores, aunque las reproducciones sean excelentes y la instalación y montaje de la exposición ayuden a que ésta tenga clima y ambiente, cosa bastante difícil con paredes de ladrillo, que si bien pueden tener su lugar y sitio, no es el más apropiado para una sala de exposiciones, y menos como la actual, pues los huecos dejan escapar las miradas: distraen. Pero de ello no tiene la culpa el buen promotor, que es Luis Quesada, a quien debemos, entre otras aportaciones, el buen regalo de esta exposición, verdaderamente feliz, auténticamente sugerente.

Nuestra atención se fijó durante mucho tiempo en cuatro cuadros. Se fijó por mérito que el tiempo ha puesto en ellos, ese tiempo que, según Goya, también pintaba. Los firma José Bécquer, el pobre artista que murió tristemente y enfermo, y dejó los pinceles y paleta costumbristas a su hijo Valeriano y la dedicación a la poesía a su hijo, Gustavo Adolfo, a aquel que cantaba la tristeza con que se quedan los muertos, solos: aquel que cantaba al arpa dormida en el rincón del ángulo oscuro... Ante los lienzos pequeños de José Bécquer sentimos una dulce emoción. Vemos los tipos que fueron, que existieron a su alrededor: el memorialista, el vendedor o la vendedora...; un mundo tranquilo, sosegado, casi feliz.

Pero la exposición no es sólo esta «parada y fonda» espiritual que hacemos por nuestro particular gusto becqueriano; es algo más, mucho más, ya que, desde los excelentes retratos de Gutiérrez de la Vega o Esquivel, asistimos a la iniciación de la pintura «social», que tanto mal causó a nuestro arte y de la cual puede ser ejemplo —y bueno— el cuadro titulado «La siega», de Gonzalo Bilbao.

Ahora, con el tiempo a cuestas, podemos admirar en paz y en gracia de Dios un folklorismo que tiene buen sabor merced a los años, al peso de tantas cosas como han sucedido en el mundo; esos cuadros que se llaman, inocentemente, «Pelando la pava», y que hoy son in-

admisibles, o «La dama y el viejo» o «La carta del novio». Resultan «legítimos», porque son hijos de una época, porque son precisos y dan idea de una etapa de indudable decadencia de nuesttra pintura; aunque tengan el encanto, supremo encanto de la inocencia, de ese adorno de gabinete que tanto nos complace recordar en casa de nuestros antepasados. Tienen nostalgia, melancolía, tanta como los que firman Jiménez Aranda, o Cabral, o Arpa y Perea.

Alice Wilmer

Buena escultura esta artista germano-argentina, que en la sala Macarrón expone una colección de esculturas. Si en el arte la mano de la mujer es siempre temida, más lo es en la escultura, en donde la dificultad del medio de expresión es evidente y resulta más frágil la condición del sexo. Pero en Alice Wilmer el toque del dedo, la gubia o el escoplo no tienen dificultad: domina la materia, la hace dócil y pone en ella una gracia femenina que se hace *bibelot* cuando es preciso y elle lo quiere, o sigue caminos amplios, de pura escultura —muy centroeuropea— cuando lo ha menester.

Figuras hieráticas, figuras femeninas sorprendidas en su tocado, bajorrelieves religiosos, esculturas en sí y por sí avalan una obra ya en varios museos, entre ellos el Contemporáneo de Madrid o el Moderno de Buenos Aires, y afirman una profesionalidad y una fama.

Weyler

En el Instituto de Cultura Hispánica expone Weyler, obra con cuyo criterio podemos o no estar de acuerdo, pero que con sabiduría y buena ejecución recoge paisajes, bodegones, o los mezcla con sensibilidad y gran sentimiento decorativo. Weyler es —o así lo vemos— un excelente muralista, eso tan difícil, y que bien podría serlo no con el cultivo tradicional de la pintura mural, sino con el mismo óleo sobre el muro, que es técnica ya usada, y más que técnica, hábil procedimiento. Weyler ha confirmado un buen oficio, una gracia —sólida gracia académica— en la composición y la elección de un temario grato, y siendo pictórico es además decorativo.

José Luis Galicia

Sería injusto, aunque el tiempo, ese gran enemigo de la vida, y el espacio lo dificulten, dejar en el olvido la obra de José Luis Galicia, expuesta en la sala de la Dirección General de Bellas Artes.

Es una obra larga, extensa, variada, que sigue —porque puede— el guión abstracto, y en ese «poder» está el secreto de una potencia, de un tener que decir, de una fidelidad. Cuando vemos —¡y cuántos hemos visto!— pintores que de una nada figurativa «iban» a lo abstracto por creer —mal creer— que era una moda, cuando en el arte nunca hay modas, sino modos, el ejemplo claro, rotundo de José Luis Galicia es una demostración de que cuando se siente la obra no se necesita de apoyaturas reales y la pintura surge fragante, auténtica. Por eso se puede permitir el lujo bien meditado de dedicar a Zurbarán parte de una producción que oscila entre lo íntimo y lo decorativo —cuando quiere—, pero que obedece a una razón de existencia, a una razón de ser.

«ANSIBA»

Nos ha complacido, por muchas razones, el certamen que se realiza en las salas de exposiciones de *Pueblo*. Primero, porque es signo conmemorativo de algo muy importante: la creación de la Agrupación Nacional Sindical de Bellas Artes, y, segundo, por reunir una importante colección de cuadros y esculturas de la pintura actual.

Los artistas se han asociado sindicalmente para defender sus derechos —decisivos— en la historia de los años, de los siglos españoles... Todos desaparecen en el olvido de la muerte, menos los artistas, aquellos que crearon algo nuevo; aquellos que hicieron posible el milagro de la pintura, o de la escultura, o del edificio, para referencia concreta de un bello quehacer, de un sentir, y como fiel reflejo de la espiritualidad de un pueblo...

En este quehacer sindical, los dirigentes de «Ansiba», aquellos que desean para sus compañeros la paz y la tranquilidad de una vida cuando el fracaso se produzca en sus existencias, han dicho: «El artista, que en muchas ocasiones se convierte hasta en un lujo de la sociedad a que pertenece, se ve en bastantes otras consideraciones socialmente a extremos lamentables. Es un mundo como el presente en el que la cotización de ciertos cuadros alcanza precios fabulosos, quienes por razones de la valoración o de la suerte no consiguen que sus obras sean recompensadas económicamente como en cualquier caso se merecen, corren el riesgo de caer —lo mismo que los suyos— en el más triste desamparo. España no puede tener prevista la situación, llamemos sindical, de todos los españoles que trabajan y sin resolver el futuro de aquellos creadores de belleza que con su esfuerzo y trabajo intransferible le dan rango y prestigio. Los artistas españoles necesitan que

una entidad, en nada parecida a esos *marchands* que unas veces los elevan y otras los hunden, cuide con la mayor generosidad y comprensión los problemas que en cualquier plano social se les presenten...»

El «manifiesto» es mucho más enjundioso de lo que parece, y, desde luego, en el relato histórico —palabra justa— de los avatares de su creación, de sus proyectos y afanes, existe lo que es tan difícil de conseguir: la realidad. Y ésta se presenta pródiga gracias al tesón, la fe y el entusiasmo de estos artistas a cuyo frente se hallan, por ahora, Juan de Avalos, Prieto Nespereira, en gestiones cada vez más fecundas, a las que habrán de sumarse los éxitos prontos a conseguir en los Ministerios de Trabajo y Educación. La exposición que se celebra en *Pueblo* es como la presentación de una bandera, la proclamación de una verdad, lograda para que el artista —¿y cuándo el escritor?— tenga en su existencia la dignidad, el sitio y lugar que merece, y evitar el desamparo que a tantos grandes artistas —y la historia en esto es gran maestra— llega inexorablemente.

En este certamen se hallan obras, entre otras, de los siguientes pintores: Alcorlo, Beulas, Duce, José Lapayese, Manuel Millares, Trinidad Fernández, Redondela, Luis Sáez, etc.; entre los escultores entresacamos los nombres de Planes, Ramón Lapayese, Rubio Camín, Matéu, Amaya, Vasallo, etc. Los dibujantes también se hallan representados con los nombres, entre otros, de Sócrates Quintana, Teodoro Delgado, Goñi, Ismael Cuesta, Sacul, Mingote, etc. Los grabadores no faltan, y así el abanico del arte, tanto en el cultivo de diversos géneros como en tendencias, se completa para formar un armónico conjunto.

«Ansiba» es una entidad que comienza sus pasos sindicales, a los que seguirán muchos más para que los artistas —¡precisamente los artistas, a los que acuden los oradores de mayores o menores tópicos y llevan la fama espiritual de la Patria al mundo!— no carezcan de servicios médicos asistenciales, de ayuda en caso de accidente, vejez o muerte... «Ansiba» es una gran empresa social y espiritual para todos, y su nombre será, con el tiempo, ya estrenado a su favor, un gran ejemplo.

Nueva galería de arte

El ritmo del número de galerías es el índice mejor para conocer los pasos del arte. Y si es el mejor, buena andadura lleva en la actualidad, pues el número crece y también la calidad. Siempre nos satisfizo que cada galería tuviera un signo que la definiera, una clientela, una

dedicación, unos cuadros sometidos a un criterio estético, bueno o malo; pero que hiciera saber al cliente que aquello que iba a buscar lo encontraría de seguro... Algunas lo hacen así, desde el arte abstracto e informalista hasta el academizante, y los resultados son óptimos. No se alquilan a unos artistas —en repetidas ocasiones—, a unos pobres aficionados, unas paredes; se les alquila la posibilidad de determinada manifestación con la que previamente está de acuerdo la sala. Y éstas deben no alquilar paredes, sino exponer la obra adquirida de antemano a un grupo de artistas. Con este criterio no descubrimos nada nuevo, sino que simplemente advertimos la necesidad de que se extienda en España.

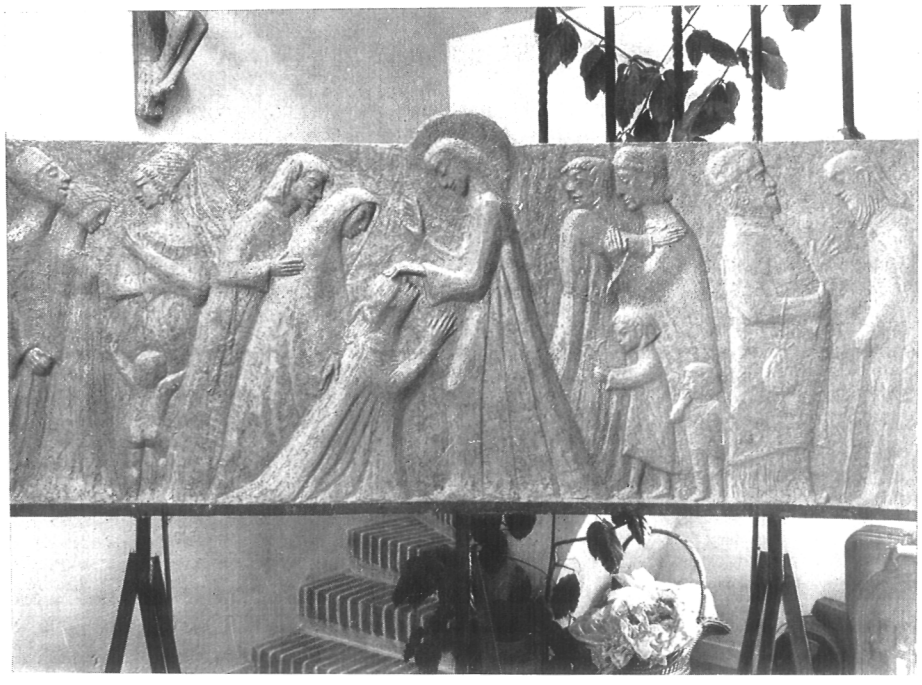
Ahora se ha inaugurado, silenciosamente —signo de buen gusto—, sin la consabida «copa de vino español», una galería dedicada a la exposición, propia, de arte antiguo. No se trata de una sala que de vez en cuando expone arte antiguo en inmediato afán de comercialización, sino de una exposición permanente de fondos propios, que si bien tienen, como toda galería del mundo, una finalidad económica, tienen también la de ofrecer al público, de una manera continua, cuadros de los maestros de todos los tiempos. Y a nosotros, que tanto propugnamos el arte «nuevo», esta «novedad» del arte «antiguo» nos satisface...

En la galería Legar, y en esta primera muestra, pueden verse lienzos desde Zurbarán a Gabriel de la Torre, desde Berruguete a Juan de Borgoña. Y descansan los fatigados ojos de una visión para adentrarse en otro mundo estético, en otros mundos, en ese girar y girar, buscar y buscar, que tienen la obligación de cumplir los artistas casi como si buscaran a Dios cada mañana.

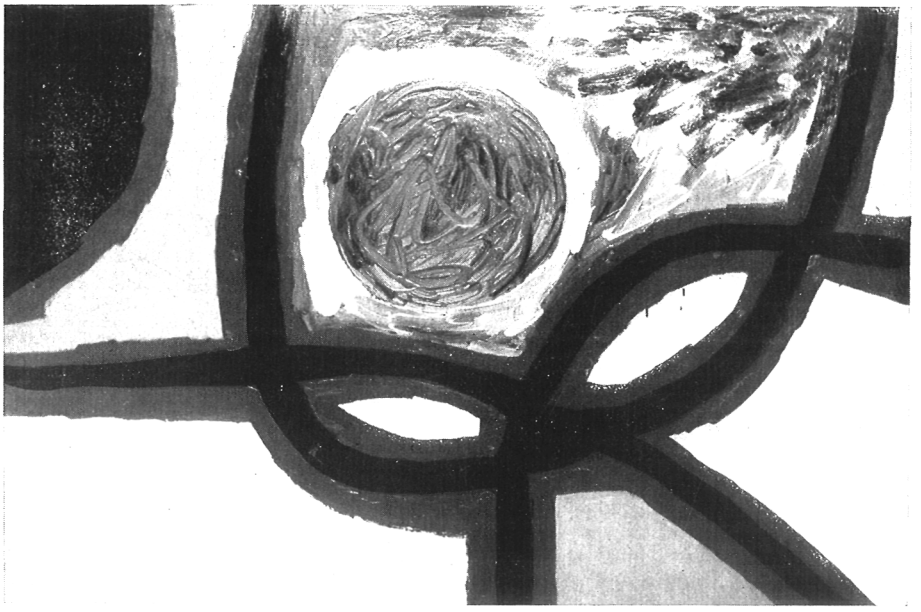
La obra de Manuel Rivera

Una exposición «redonda» —utilizando el vocablo popular— es la que celebra Manuel Rivera en la Sala Mordó. Una exposición que justifica el renombre internacional de su autor, una exposición que revalida a un artista, a un creador. Manuel Rivera, utilizando como medio simple alambre y rejilla, en juego y rejuego de depuraciones de formas y color, ha logrado una viveza de tonos, de luces y reluces, que con razón hace que su exposición se titule «Espejos», y a ellos les ponga como título el color, o el momento feliz de la sorpresa, que todo espejo trae consigo.

Recordamos otra exposición con el mismo título: la celebrada por Eduardo Sanz en el Ateneo, y si hacemos mención del recuerdo no



ALICE WILMER



José Luis Galicia

es por ningún parentesco ni de pensamiento ni de ejecución, ya que en nada se parecen, sino sólo por ese título que nos obliga a adentrarnos en el significado de cada obra, de cada cuadro, en el caso último de Manuel Rivera, quien en un proceso de una laboriosidad aplastante ha ido acumulando intenciones y perfecciones a una invención, a eso que tan pocos logran, y que si resulta invención es porque significa hallazgo, y porque tenemos que contar con él para todo futuro recuento.

Era fácil adivinar el «do» de pecho de Manuel Rivera admirando sus primeros dibujos, sus primeros cuadros con sólo la soledad del alambre y su herrumbe.

Estos cuadros de Manuel Rivera son ventanas sin fin, ventanas a un infinito de azules o rojos, de un entramado de forma y color que suponen la posibilidad de los ensueños, de algo que no nos ha de cansar jamás, pues es un mundo poético y plástico, tan ordenadamente sumido en el enamoramiento del objeto, de su luz y de su trasparencia, que nos solicitan la posibilidad de contemplar un paisaje sin fin, y la realidad de poder palparlo, como si ese paisaje, con todos sus aditamentos, desde la Edad Media hasta ahora, Rivera lo hubiera encerrado en unas dimensiones a las cuales no vemos límite, y sin que esto quiera decir que del paisaje tengamos la noción elemental de árboles, casas o nubes, ya que de tener algo, nos quedaríamos con las nubes. El paisaje como concepto estético tiene categoría muy superior, y esa es la que ha conseguido en su obra este Manuel Rivera, artista absoluto.

Díaz-Llanos

En la Galería del Cisne, bien afincada a excelente lista de pintores figurativos, expone ahora por primera vez un pintor abstracto: Rafael Díaz-Llanos, nombre bien conocido en los altos estudios jurídicos.

Nos temíamos, dada la fama doctrinaria del expositor, una exposición con índice claro de aficionado; pero coincidimos con los elogios de Camón Aznar o de Alberto del Castillo, ya que en esta obra hay dos cosas para nosotros esenciales en el pintor, en eso que define no una afición —a la que nos negamos por ser tan perjudicial—, sino a una profesionalidad: oficio, y luego, lo más difícil: personalidad.

Rafael Díaz-Llanos, autor de un interesante prólogo, es buen conocedor de la pintura contemporánea, buen repasador de Apollinaire, de Janneau, de Cassou, de Brest, y buen sabedor de teorías y de cómo la pintura puede nacer de dentro afuera y no al revés. Su obra tiene domi-

nio de oficio indiscutible con empleo de materiales, «con secreto», con propósitos ideales muy hondos y con un sentido decorativo en algunos de los lienzos, que en otros es sustituido por un sentido trágico y siempre con un halo de misterio, ese misterio, ese no acabar de ser las cosas que, según Picasso —y cualquiera opina con el maestro—, deben tener los cuadros... Díaz-Llanos brinda unas superficies trabajadas, algunas de ellas en signo informalista y todas con el cuidado que impone un toque, un grumo, ese traslado de los estados subjetivos que no necesita —a nuestro juicio— las bellas explicaciones que ofrece el autor, sino que ellos mismos se liberan del motivo creacional para ofrecer por su cuenta, y por su riesgo —dato preciso—, ese mundo de sugerencias, esa plástica que tan difícil es hallar en estado de pureza como en estas obras salidas no de un aficionado, sino de un hombre que ya desde niño ejercía en soledad una vocación que se realiza ahora por voluntad y, sobre todo, por necesidad, ya que el arte sin comunicación no existe.

«Era de temer» también la brillante cita social; eran de temer muchas cosas en el difícil caso de Díaz-Llanos; pero los cuadros han ganado la partida y quedan por sí solos en su decorativo mundo abstracto como excelente ejemplo de un abstractismo pensado y expresado con una vieja sabiduría.

Domingo Uriarte

En la Sala Edurne, entre otros pintores de los que nos ocuparemos pronto, expone Domingo Uriarte. Tiene setenta y dos años, ha sido matador de toros —una de las pocas cosas serias que se puede ser en la vida— y desde hace poco tiempo pintor *naif;* pero de una autenticidad ingenuista que no se puede confundir con los siempre gratos dibujos infantiles y con aquellos que hacen «lo que salga». Uriarte es un *naif* que medita mucho sus cuadros, en los cuales la plaza de toros es tema principal; unas rojas y amarillas plazas de toros llenas de un público abigarrado, con extraños vestidos, con extraños toros, y con un don lírico innegable. Domingo Uriarte es un intérprete minucioso, de pacientísima labor geométrica de diminuto pincel y con una gracia popular sana y riente. Podría ser un Rousseau, si encontrara su Apollinaire; nosotros sólo recomendamos la visita a estos cuadros: a todas las salas de una riente exposición que, a lo mejor, es de las más serias.—Manuel Sánchez-Camargo.